

**PALABRAS DE J. L. MASSERA EN EL ACTO DEL 18 DE ABRIL DE 1988
DE HOMENAJE AL PROFESOR MISCHA COTLAR CON MOTIVO DE SU
75 ANIVERSARIO.**

Señor Vice-Decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, queridos Mischa y Yanny, estimados colegas argentinos y de otros países:

Se me ha pedido que diga unas breves y sencillas palabras, en esta ocasión en que festejamos los 75 años de nuestro querido y admirado Mischa Cotlar, en las que exprese, fundamentalmente, recuerdos y sentimientos de la vieja amistad que me une a él.

Empiezo por el nombre. Mischa Cotlar es, en realidad, simple y suficientemente, Mischa. Lo es para los amigos y viejos conocidos pero también para muchos más. Mischa, en rigor, podría traducirse por Miguelito pero, como suele suceder, en la traducción se pierden matices importantes. Es una variación muy común y típica de los nombres propios rusos, que, ciertamente, es un diminutivo, pero que incluye una muy fuerte carga de sentimientos de cariño. Y, en el caso de nuestro Mischa, este último matiz tiene mucha importancia y es consustancial con la personalidad de quien lo lleva.

La historia -mi historia- de la amistad con Mischa empieza hace algo más de 50 años y está estrechamente vinculada a la de otro gran amigo, Rafael Laguardia. Del pequeño grupo de los jóvenes montevideanos de los años 30, interesados particularmente en la matemática, Laguardia era el mayor, en edad y formación: había hecho en la Sorbona la Licence ès Sciences, con algunos de los más destacados profesores de Francia.

Yo, desde mi adolescencia, sentía una gran atracción por la matemática. Me había puesto a estudiar -completamente solo- temas que desbordaban mucho los programas liceales. Lo hice de la manera más absurda, loca, disparatada, que no es del caso referir

aquí en sus detalles. En realidad, aprendí muchas cosas, que formaban una masa indescriptiblemente caótica de conocimientos.

En 1935 consideré que así no se podía seguir. Un buen día, me apersoné, sin ninguna presentación, en la muy modesta casa de Laguardia, que quedaba a tres cuadras de mi casa paterna; a Laguardia lo conocía solamente porque algún condiscípulo me lo había señalado de lejos, en los patios del Instituto Vázquez Acevedo. De esa entrevista nació una larga y estrecha amistad que se prolongó hasta hace pocos años, cuando, lamentablemente, Laguardia murió. Yo estaba preso y no pude asistir personalmente a ese doloroso trance. Poco antes, me había regalado una enciclopedia Larousse, que pudo trasponer las barreras de censura del penal y que fue y sigue siendo un motivo de recuerdo permanente de él, que por otra parte, no sólo para mí sino para muchos otros presos, fue una ventana abierta al mundo, que todos apreciábamos mucho.

La relación con Laguardia me vinculó al pequeño grupo de los aficionados a la matemática de entonces: Antonio Petracca, Fernando Forteza, Carlos A. Infanzozzi, Luis Castagnetto y ... Mischa. Laguardia -y luego yo- conocimos a un muy culto emigrante judío ruso que había arribado al Uruguay escapando de las persecuciones del régimen zarista. Vivía en condiciones económicas sumamente modestas, tenía un pequeño kiosco en el que vendía diarios y revistas en la entrada a un hotel, sobre la avenida 18 de Julio. Tenía un hijo, entonces un jovencito, que manifestaba una gran vocación matemática, y pidió a Laguardia que lo ayudara en sus estudios. Era Miguelito, Mischa, que así pasó a integrar nuestro núcleo de entusiastas. Así se inició, con él también, una amistad perdurable, nunca interrumpida, hasta ahora, pese a los accidentes de la vida y a la extensión de las distancias.

Algunas palabras más para completar el cuadro del pequeño ambiente matemático montevideano de aquellos tiempos. Durante un lapso bastante prolongado, nos visitaba, viajando todos los fines de semana desde Buenos Aires, Don Julio Rey Pastor, que nos dictaba cursos sobre algunas novedades -que desconocíamos- de la matemática de entonces. Teníamos con él fecundos contac-

tos personales en que se discutían libremente problemas matemáticos. Todo ello contribuyó fuertemente a que se nos abrieran horizontes nuevos en temas modernos de la matemática: topología general, álgebra, análisis moderno. Don Julio era una personalidad muy compleja, por momentos difícil; pero el balance que se puede hacer de nuestra relación con él es, sin duda, enormemente positivo para el desarrollo de la matemática en el Uruguay.

Por otro lado, nuestro pequeño grupo estableció un contacto estrecho y relativamente asiduo con el núcleo mucho mayor y más maduro de los matemáticos argentinos, con la Unión Matemática Argentina -a cuyas principales reuniones científicas asistíamos frecuentemente- y con su Revista, en la cual aparecieron no pocos de nuestros primeros trabajos. Quiero recordar a González Domínguez, Babini, Zarantonello, y tantos otros, a los que luego se fueron agregando otros matemáticos españoles (Santaló, Pi Calleja, Balanzat), italianos (Beppo Levi, Terracini) y portugueses (Monteiro) que, en diversos momentos y circunstancias, tuvieron que emigrar de las complejas y amargas situaciones y persecuciones que se daban entonces en sus respectivas patrias, y se asentaron en nuestros dos países. Para nosotros, uruguayos, nuestra formación científica fue así inseparable, en sus comienzos, de ese ambiente rioplatense y europeo, internacionalista, al que tanto debemos.

Como ya he dicho, en ese núcleo uruguayo se desarrollaba Mischa. Desde el comienzo, dió muestras de un gran talento y, particularmente, de un pensamiento de gran originalidad. Recuerdo la impresión que me produjo la lectura de un manuscrito suyo, "Estructuras de anágenos"; la publicación, bajo el título de "Aritmética abstracta", se hizo, no por casualidad, en el "Boletín de la Facultad de Ingeniería" de Montevideo, volumen de 1937. Más tarde, después de años de trabajo en la Argentina, vino el Doctorado en Chicago y los muchos años de fecundas investigaciones de nivel mundial que se proyectan hasta hoy y que, exilios y otros accidentes mediante, permitieron reanudar nuevos vínculos con los matemáticos uruguayos, en particular, con nuestro compañero Rodrigo Arocena, aquí presente.

Desde otros ángulos, no matemáticos, él y yo estábamos en posiciones extremadamente diversas, que iban desde los hábitos de alimentación hasta las concepciones filosóficas. Pero ellas nunca estorbaron una relación personal sumamente amistosa; al contrario, casi diría que la propia diversidad era un condimento sabroso de un vínculo humano y emotivo muy íntimo.

Eso sí, Mischa tiene un defecto, un defecto muy acentuado. Siempre fue y siempre será demasiado modesto. Por añadidura, una modestia tremendamente auténtica y profunda. Me imagino inclusive su estado de espíritu en este mismo momento, en este acto que quiso ser y lo es realmente, mal que le pese a Mischa, un homenaje más que merecido por su talento como matemático pero también -¿por qué no?- como hombre, como amigo entrañable.

Pero, que Mischa se tranquilice, aunque la palabra homenaje no le guste, él sabe bien que éste no es un homenaje formal, acar-tonado, de ceremonia y cuello duro. Es un homenaje cariñoso en el que, sin mengua del gran aprecio intelectual, lo que predomina es el cariño humano, profundo, que sentimos por él todos los que hemos tenido la dicha de conocerlo. Y, eso sí, creo que él lo va a aceptar con gusto, sin que su modestia lo haga sentirse molesto.

Por último, una palabra de amistad y aprecio para Yanny, su compañera de tantos años. Creo que ella también merece que se la incluya en este homenaje cariñoso.

Es triste que Laguardia no pueda estar aquí. Pero estoy seguro, yo que tanto lo conocí, que si él viviera estaría contento como yo, como todos nosotros, viejos y jóvenes, con este reen-cuentro con Mischa, nuestro entrañable amigo.